

Lucas Ortiz Benítez

EXHORTOS Y REMEMORACIONES

CENTRO DE COOPERACIÓN REGIONAL PARA LA EDUCACIÓN
DE ADULTOS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
México, 2004

Primera edición, 2004

Derechos reservados conforme a la ley.

© Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos
en América Latina y el Caribe

ISBN: 968-7485-19-1

Impreso en México

Printed in Mexico

Al lector

Al cumplirse en este 2004 los primeros cien años del nacimiento de su director fundador —el profesor Lucas Ortiz Benítez—, el Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe (CREFAL) consideró valioso, justo y oportuno traer al conocimiento de las nuevas generaciones una muestra breve, pero suficiente, de las prendas de elocuencia y robusto pensamiento educativo del ilustre mentor michoacano.

“Lo bueno —escribió Gracián—, si breve, dos veces bueno.” Convencidos de la verdad de este principio, nos dimos a la tarea de reunir en un volumen pequeño unos pocos escritos del profesor Lucas Ortiz, con el propósito de presentarlo a los lectores en forma sucinta y representativa, y despertarles acaso el deseo de buscar otros materiales del recordado educador.

No resultará extraña la recurrencia del tema del CREFAL en el volumen. Pero también aparecen en sus páginas figuras señeras de la historia nacional mexicana (Cárdenas, Torres Bodet, Moisés Sáenz, entre otros); reflexiones sesudas y apasionadas sobre la misión social de la educación; exhortos y rememoraciones sobre nuestros maestros rurales y su actuación bienhechora; exposiciones claridasas sobre los valores que deben guiar la actuación de todo educador que se precie de este nombre.

Exhortos y memoraciones hemos titulado a esta recopilación de cinco textos en que el pensamiento educativo y social de Lucas Ortiz cobró vida en palabras verdaderas y comprometedoras. Palabras plenas de verdad y compromiso tanto en el momento en que fueron pronunciadas como en la hora presente, cargada de retos y exigencias para todos los que buscamos, mediante la acción educativa, construir un mundo a la altura de nuestros sueños.

HUMBERTO SALAZAR
Pátzcuaro, México, 2004.

EXHORTOS Y REMEMORACIONES

La acción social de la Escuela Rural*

En este año de 1947 cumple 25 de existir la escuela rural mexicana, y nosotros, los trabajadores de ella, nos congregamos para celebrar tan fausto acontecimiento sin cantos, ni banderas, ni fuegos artificiales, sino con una actitud de solemne recogimiento que nos permita ver en lo íntimo de nuestras propias conciencias, lo que hemos sido capaces de aunar para la realización de una obra que pertenece, por completo, a los intereses del pueblo, así como para saber cuánto amor, cuánta fe y cuánto entusiasmo, voluntad y convencimiento quedan todavía en nuestras alforjas para entregarlos, sin reservas, a la noble causa de la escuela rural mexicana, hasta conseguir que consolide su fisonomía, fije sus peculiaridades, acreciente su potencia y purifique su doctrina; libre de las influencias de un pasado tormentoso, de las traiciones de un presente lleno de veleidades y de las asechanzas de un porvenir cargado de trágicos augurios.

Por muchos años contenidas las ansias del pueblo, ansias de pan, de libertad, de respeto, de justicia, de cultura y de otros anhe-

* Plática a los inspectores de zona que concurrieron a la Primera Junta Regional de Supervisores de Educación, que tuvo lugar en la ciudad de Guadalajara, Jal., del 18 al 26 de julio de 1947.

los, su protesta adquirió proporciones de vendaval incontenible que destruyó juntamente con vidas, haciendas, poblados e intereses, los falsos conceptos establecidos por el grupo detentador del poder y de los privilegios, sobre un México ficticiamente estructurado por aristócratas en decadencia, terratenientes voraces, concesionarios extranjeros, militares tiranos, esclavos convertidos en maestros de esclavos y artistas simuladores que convencían a sus mecenas representando a la patria como una matrona de senos abundantes y caderas opimas, situada entre dos océanos, pisando el cuerno de oro de la abundancia y coronada con hojas de latón por un ángel de la paz, de genuino aspecto carnavalesco.

Las banderas de este movimiento reivindicador se elevaron en el norte y en el sur; las primeras, justificando intereses fundamentales de tipo político burgués, expresadas con el lema: “Sufragio Efectivo. No Reelección”; y las segundas, tremoladas por las manos del pueblo genuino, doliente y lacerado, haciendo flotar la maravilla de sus ideales, en la potencia de su grito: “Tierra y Libertad”.

Tierra: el derecho a vivir del surco que se fecunda, que se ama y que pertenece a todos por igual; el derecho a una existencia mejor para el que transforma y domina las fuerzas naturales, para el que levanta el muro, abre caminos, desentraña misterios; el derecho a tener una casa soleada y ventilada, sustento y vestido para los hijos, agua para la sed, lumbre para el hogar, ensalmo para la llaga; el derecho de cantar y de reír, de gozar del viento y de la lluvia; el derecho al juego sano y a la recreación confortable.

Libertad: el derecho de pensar y de expresarse, de reunirse

para el bien individual y colectivo, de gobernar y de permitir ser gobernado; el derecho de creer en lo que mejor acomode; el derecho de educarse y de educar a los demás, no para hacer buenos siervos, sino para hacer hombres mejores, capaces de vivir en paz con los del mundo entero.

“Tierra y Libertad”: esta expresión que junta deseos biológicos y espirituales, explica la génesis de la Revolución Mexicana y su singularidad basada en nuestros problemas económicos, geográficos, demográficos, históricos y políticos; en el aliento que le dieron la sangre y las esperanzas y en su pureza que no ha permitido, sino antes rechazado, la mezcla de otras sangres.

“Es seguramente interesante hacer notar, dice un distinguido economista, que en ninguno de los manifiestos revolucionarios se utilizaban las ideas del socialismo europeo, ni tampoco su terminología. Al leer los documentos mexicanos, en ocasiones de contenido radical para la época en que fueron escritos, llama la atención no encontrar en ellos, por ejemplo, influencia alguna del marxismo ortodoxo o heterodoxo, doctrinas bien conocidas en Francia, Alemania, Inglaterra y otros países desde las últimas décadas del siglo XIX. Todo parece indicar que los revolucionarios mexicanos no acudieron a fuentes extrañas para fijar sus ideales y normar su acción, sino a la historia dramática del pueblo, a la dolorosa realidad en que vivieron, y a su propia experiencia de luchadores en contra de una organización viciosa y tiránica.”

Esto explica los aspectos originales de la Revolución Mexicana, y explica también, por consecuencia, la originalidad de las instituciones por ella gestadas, principalmente de la escuela rural.

Todavía con los pechos abrazados por la angustia de las cananas, y sosteniendo en las manos encallecidas a su mejor aliado, el 30-30, los campesinos vieron llegar a los maestros misioneros que no eran gentes vestidas al modo de la ciudad, sino que se presentaban equipadas adecuadamente para enfrentarse a los problemas que sufren los alejados de los centros productivos y cómodos; muchos de esos misioneros habían tomado también el rifle y puesto el pecho a las balas, y de sus ojos irradiaba la luz del convencimiento. Pagando con escasos fondos que les proporcionaba la incipiente Secretaría de Educación, o bien sacrificando sus emolumentos, o reuniendo voluntades para la causa, reclutaron gente entre aquellas en quienes descubrían el anhelo de servir, y que tuvieron cierto equipo de conocimientos, para dejarlas por todas partes como los primeros maestros, en torno a los cuales se agruparon los ansiosos de encontrar “líderes” llenos de pasión y desinterés, siendo así como en todas partes, en los casones de las viejas haciendas abandonadas ya por sus dueños, y entregadas al naciente ejido, o bien bajo las sombras de los árboles o de los puentes, con muebles o sin ellos, con libros o tan sólo con el material didáctico de la propia naturaleza, como el cielo, las serranías, los torrentes y las arenas, fueron poniendo la base de un programa educativo que a través de los años hemos querido perfeccionar. Los maestros improvisados, porque a falta de una gran instrucción, tenían la actitud de quienes simplemente para actuar bien, entregan a los demás lo que en otras circunstancias hubieran querido recibir.

Los directores del movimiento educativo dieron a estos trabajadores de la enseñanza, un programa en el cual se aprecia ya el

propósito elocuente de subordinar las enseñanzas comunes a toda escuela, a la resolución de problemas de tipo completamente humano. El documento que juzgo interesante transcribir dice:

e) Las pláticas históricas alternarán con temas higiénicos, en los cuales los maestros enseñarán al pueblo cómo debe hacerse uso del baño, qué hora es la más a propósito; y aconsejarán hacer uso del cepillo para dientes, le hablarán de las ventajas que trae el vivir en una habitación bien ventilada y con sol, de la necesidad imperiosa que hay de que las calles del poblado estén barridas, etc. En suma, el maestro hará sentir a los pueblos el beneficio de la escuela, corrigiendo los vicios dominantes del pueblo o de la región; esto, de un modo prudente a fin de no lastimar la susceptibilidad de los vecinos.

f) Con la frecuencia que fuere posible, organizarán reuniones en las que se cantarían canciones populares y se tocará música regional, de acuerdo con los maestros de canto que la Dirección del ramo proporcionará para el caso.

g) Solicitará del Ayuntamiento una parcela con el objeto de que ahí se dediquen, una o dos horas diariamente, al cultivo de plantas, ya sean de las de la región o de aquéllas que pudieran aclimatarse, y procurará que los agricultores del lugar se interesen por cuanto se relacione con la agricultura. Igual interés procurará despertar por la cría y explotación de animales domésticos.

h) También informará qué industria o industrias dominan en la región, así como aquéllas que podrían desarrollarse, y propondrá los medios para mejorar las existentes.

i) Paralelamente enseñará Lectura, Escritura, Cálculo, Ciencias Naturales e Historia.

Pero los maestros no se detuvieron aquí, sino que estructuraron un programa más definido, con los campesinos buscaron obtener la tierra, o si ya había sido conseguida, fomentar el establecimiento de cooperativas y sociedades de crédito; introdujeron nuevos cultivos y promovieron la construcción de obras de riego; intervinieron en asuntos de ganadería, de industrias rurales, y en general, en todo lo que se conecta con la Economía; organizaron los comités de educación y establecieron los primeros jardines de niños en el campo; intensificaron los deportes; hicieron funcionar grupos teatrales; fundaron ligas femeniles que adentraron su acción en los hogares para redimir a la mujer de múltiples esclavitudes; transformaron las casas dotándolas de habitaciones con luz, separadas de la cocina y los corrales; proporcionaron a los indígenas medios para sacudir los cacicazgos, y orientaciones para fomentar la parte noble de sus artes; lograron el respaldo para la obra del gobierno, y empujaron a los hombres del campo al ejercicio de sus derechos políticos, con miras a consolidar su espíritu cívico.

Hay algo más: esta acción social principiada en las escuelas rurales invadió también los campos de la escuela urbana, porque cerca de los obreros, los maestros ayudaron a la fundación de sindicatos; aconsejaron sobre alimentación e higiene; dieron cursos vespertinos y nocturnos de capacitación general o simplemente de lucha contra el analfabetismo; estimularon a los padres de familia para que enviaran a sus hijos a planteles secundarios, y

por último, tal como los del campo, también prepararon a los trabajadores para el ejercicio de sus derechos políticos.

Naturalmente que las realidades enumeradas nunca se encontraron ni se encontrarán reunidas en cada poblado donde existe una escuela, sino que están separadas por las condiciones que determinan la geografía, la economía, la demografía, etc., pero las manifestaciones parciales son tan fuertes, que por más escepticismo que tengan los observadores, encontrarán siempre una influencia clara y precisa de la escuela en la vida de las comunidades.

Tal vez a muchos de los presentes les parezca que he dedicado demasiados renglones a lo que pudiera calificarse como historia sucinta de la acción social de la escuela mexicana, pero he querido que así sea, porque nunca será bastante estar repitiendo algo que por desgracia olvidamos a diario, no obstante constituir la esencia sin la cual nuestro papel de animadores, promotores o responsables, quedaría reducido a los trabajos rutinarios de ir por los grupos revisando si los niños están en primera posición, o si los profesores llevan o no en determinada forma los registros de asistencia; triste papel que si así se desenvuelve, colocará al inspector escolar muy abajo de la mayoría de sus maestros, y le acarreará la repudiación de los campesinos que piensan encontrar en él al hermano mayor, al mejor dotado, al de mayores posibilidades y amplitud de visión.

Y entramos aquí en la parte más importante de nuestro balance, a contestar una interrogación abierta por el mal intencionado escepticismo de los indiferentes o de los enemigos: ¿responde la escuela actualmente a su tradición?

No hace todavía cinco meses que estuve en Ixtlán de Juárez, de la sierra del mismo nombre, en el Estado de Oaxaca, donde se realizó una concentración de representantes de los Ayuntamientos establecidos en aquella región, a cuyo frente venían, como siempre acontece por allá, los maestros de cada poblado. Uno a uno fueron pasando para entregar sus peticiones, y yo que las recogí, tuve el cuidado de contarlas y clasificarlas. Fueron más de 300, las cuales, por su importancia, me dieron la siguiente lista:

1.– Peticiones de ayuda para terminar o iniciar obras de introducción de agua.

2.– Peticiones de ayuda para conclusión o iniciación de caminos.

3.– Solicitudes de intervención para arreglo de límites comunales.

4.– Peticiones para acción de impuestos.

5.– Peticiones para conclusión e iniciación de casas de maestros.

6.– Petición para conclusión de escuelas.

7.– Aumento de profesores.

8.– Solicitudes varias para establecimiento de telares, alfarrías, etcétera.

Como ven ustedes, la escuela continúa ocupándose de asuntos vitales para los hombres y para los pueblos, y esto sucede no sólo en Oaxaca, sino en cada uno de los estados.

Los he recorrido todos durante los últimos tres años, y me siento íntimamente regocijado al poder afirmar que el espíritu de la escuela mexicana no ha desaparecido, sino que vive y es preciso

ayudarlo para que se fortalezca.

Todavía, señores inspectores, preferimos tener en nuestras zonas a maestros que desarrollen su programa en derredor de los cuatro elementos esenciales de la educación: la salud, el trabajo, el hogar y las recreaciones; los preferimos, repito, a quienes van al páramo o a la serranía inhospitalarios, y pretenden ser allí factores determinantes de la transformación humana, enseñando las partes en que se divide la Gramática.

Aseguran muchos que la influencia de la escuela en las comunidades va disminuyendo porque los maestros no tienen la misma fe que en los años mozos de nuestros servicios.

No creo esto por los ejemplos y las razones que he dado; pero sí considero que es preciso mantener encendido en su alma el entusiasmo, que se entibia por falta de convencimiento y de conocimientos, y poner en sus manos los medios materiales para ejercitarlos; porque en el aspecto agrícola, por ejemplo, no pueden ocuparse de la repartición de la tierra, cuando ésta se encuentra casi totalmente fraccionada; pero en cambio, si supieran, se pondrían a enseñar seriamente la mejoría, introducción o rotación de cultivos; si algunas gallinas y algunas vacas, viviendo en el anexo correspondiente, no son ya motivo de estímulo, sí podrían, si poseyeran la información, darla a los campesinos para explotar en grande la ganadería y la avicultura.

Si las pequeñas organizaciones comunales para resolver problemas limitados no los satisfacen ya, sí podría el maestro capacitado intentar con las superiores, las que logran el crédito o aprovechan la cooperación; o las poseedoras de la fuerza necesaria

para acabar con el nuevo tipo de vampiros que medran a la sombra de la Revolución, tomando a los ejidatarios como peones, o para explotar inmoderadamente los bosques, que son talados sin piedad y que dejan los sitios que antes ocupaban, convertidos en eriales, en los que apenas resaltan los muñones de los troncos como estelas indicadoras del lugar donde otrora se meciera la riqueza de México.

Se necesita también que el maestro viva en la comunidad, que tenga allí su casa propia con su huerta y su abeja, que le ayuden a resolver su economía y al mismo tiempo que demuestren lo que la palabra no puede substituir; que tanto el maestro como sus hijos vistan limpiamente, para que su aspecto deje por las calles venturoso estimulante de jabonadura.

Como el maestro necesita que su superior jerárquico sea para él una constante fuente de inspiraciones, continuando la obra que hace un cuarto de siglo iniciaron los modernos misioneros, el inspector escolar deberá:

- 1.- Tener un conocimiento exacto de la Revolución Mexicana, tanto del desarrollo de sus hechos, como principalmente de su contenido y evolución.

- 2.- Ser dueño de una fe inquebrantable en esta Revolución.

3. Conocer a fondo la historia e ideario de la escuela rural mexicana.

- 4.- Sentir con mayor intensidad sus responsabilidades de maestro.

- 5.- Conocer la Constitución y principales leyes reglamentarias que de ella emanen.

6.– Tener conocimientos pedagógicos que le permitan hacer evolucionar los procedimientos de trabajo con los niños, sin caer en la tendencia intelectualista que sí constituye una amenaza para la forma como ha venido trabajando la escuela rural.

7.– Ser poseedor de una cultura general suficiente para ilustrar a sus subordinados y a las gentes que lo soliciten. Como no es posible que el revisor sea enciclopedista, precisa tener una serie de libros sobre Agricultura, Ganadería, Medicina rural, Historia, artes populares, artes generales, etcétera.

8.– Conocer todos los lugares donde están establecidas sus escuelas y hasta donde sea posible, aquéllos que no las tienen; entendiéndolo por conocerlos, no pasar la mirada sobre el paisaje, sino desentrañar su alma, es decir, interpretarlo como poderoso determinante físico y espiritual de los hombres que lo habitan.

9.– Proceder a anotar todas sus observaciones para integrar una ficha de investigación que le sirva de índice científico aplicable a sus proyectos. De esta ficha distribuir copias entre sus maestros, e ir con cada uno para que, en su presencia, la interpreten y la corrijan si es preciso.

10.– Ayudar a sus colaboradores, para que aquéllos que tengan un gran sentido para la acción social, pero que posean escasos conocimientos, fortalezcan éstos, y para que los que tengan conocimientos y no sepan actuar como promotores comunales, adquieran la técnica respectiva, que los convierta en maestros casi perfectos.

11.– Arreglar fichas para llevar la historia de sus escuelas, y otras para llevar la actividad de cada uno de los maestros.

12.– Hacer sus visitas de tal manera detenidas que le permi-

tan actuar frente a la comunidad y con los niños.

13.— Insistir en el establecimiento de los anexos que imponga el medio, porque éstos son una forma para combatir los procedimientos verbalistas de la enseñanza, y un eslabón con las actividades reales de los vecinos.

14.— Hacer gala de pulcritud en el lenguaje, en el vestido, en la conducta, residir ineludiblemente en la cabecera de su zona para, de esta manera, estar en condiciones de reprimir a los que van astrosos, ayunos del peine y la navaja, a los que usan lenguaje obsceno, a los que se embriagan, a los que explotan a los campesinos, y a los que no residen en sus poblados.

15.— Conducir celosamente las distintas campañas que desde hace tanto tiempo viene encauzando la Secretaría de Educación.

Después de todo lo anterior, puede el Inspector de Zona pensar en el local para su oficina, en muebles y archiveros metálicos, en máquina de escribir, en secretario y en todas aquellas cosas que tendrán que venir por añadidura cuando la incontestable fuerza de una acción vigorosa y definitiva borre suposiciones que por ahora tienen apariencia de verdad, y convenza a quienes deben ser convencidos de que es preciso de estas facilidades para conseguir un trabajo eficiente

Debo ahora asentar lo que en mi concepto son responsabilidades ineludibles del Estado para conservar la tendencia social de la escuela, que tanto ha ayudado a la consolidación de las instituciones revolucionarias: en primer lugar, debe haber una absoluta coordinación de todas las dependencias del ejecutivo para que respalden la obra de la escuela, proporcionándole elementos, porque sola

nunca podrá resolver íntegramente los problemas que afectan a las comunidades.

Asimismo que se dé al maestro un sueldo suficiente para vivir con la comodidad a que tienen derecho él y los suyos, para que de esta suerte su pensamiento y su corazón estén concentrados en las tareas que se le tienen encomendadas, sin que el acicate de la necesidad lo empuje hacia las ciudades, con miras a completar su presupuesto. La casa para los profesores construida junto a cada escuela adecuadamente, también contribuirá a su arraigo.

En las escuelas normales, en el Instituto de Capacitación, en las juntas de directores, de inspectores y de maestros, deberán leerse siempre o comentarse, ensayos, iniciativas, críticas, etc., sobre la historia y actuación de la escuela rural mexicana. Además distribuir profusamente literatura sobre este aspecto. El escalafón deberá modificarse en el sentido de permitir que quienes ya rindieron su tarea, reciban honores y garantías económicas, pero sin impedir que la savia nueva pujante y vigorosa, vaya a fortalecer las ramas del árbol.

Señores inspectores: en la memoria de cada uno de ustedes debe estar desenvolviéndose en estos instantes, por virtud no de mis mal hilvanadas palabras, sino del momento, la maravillosa cinta de los recuerdos, que les estará mostrando algún poblado de este nuestro México, donde supieron poner con su obra de simples maestros o de superiores, una esperanza en los que nunca la habían tenido, y despertar las conciencias aletargadas por tantos siglos de una heterogénea angustia, nacida de las circunstancias en medio de las cuales plugo al destino colocarnos para que sufriéramos

mos una serie interminable de vicisitudes y, junto a ellas, también la certidumbre de un porvenir venturoso que al dársenos, si continuamos en la obra, nos hará dignos y fuertes para vivir en una época que abjure de los odios y de las pasiones, en la cual la humanidad consiga una existencia sin más desigualdades que las que imponga la calidad espiritual de las personas.

Si únicamente la virtud de provocar este recuerdo, y ligado a él el propósito redivivo de continuar enriqueciendo lo único que hace distinta a nuestra escuela y que da a los trabajadores de la enseñanza el supremo calificativo de maestros sobre el despectivo de preceptores, hubiera tenido esta reunión, ya estaría justificada con largueza; pero si, además, aprovechamos el tiempo para aumentar, ennoblecidos con una doctrina, nuestros pocos o muchos conocimientos, la junta de inspectores será de una trascendencia que posteriormente juzgará la historia de nuestra educación.

A todos, desde el mínimo hasta el máximo, desde el maestro hasta el Ministro, pertenece la obra de la Escuela Rural Mexicana, pero es justo citar a quienes principalmente contribuyeron a estructurarla para que reciban el cálido homenaje de los que ponemos nuestros pasos sobre sus huellas, con rectilínea actitud de admiradores y discípulos: José Vasconcelos, Lauro G. Caloca, Enrique Corona, Ignacio Ramírez, Rafael Ramírez, José Manuel Puig Casauranc, José María Bonilla, Roberto Medellín y Luis Villarreal.

Y para concluir, como rúbrica extraordinaria de este instante, en el cual, como dije, adentramos las miradas en nuestras propias conciencias para hacer un balance cuantitativo y cualitativo de nuestro fervor, oiremos la voz de otro gran hombre, desaparecido ya, de Moi-

sés Sáenz, que al concluir una reunión semejante a esta, dijera a quienes íbamos a predicar, titubeantes, los nuevos evangelios:

El aliento de la Revolución, y el estruendo de los nuevos tiempos animan los corazones tristes y calientan las conciencias frías de nuestros indios y de nuestros campesinos. Hay un anhelo vibrante. Las almas, después de todo, no están muertas. Cuando viajamos, los indígenas gozosamente vienen a vernos; y tal vez no sabiendo qué pedir, pero sintiendo que es el tiempo de pedir algo, que deben pedir algo, piden una escuela y un maestro.

Y cuando el maestro llega, las gentes se agolpan en torno de él y sintiendo que les hacen falta muchas cosas; arrebatados por la vehemencia muda del hambre de muchos años, hambre en el estómago y hambre en el alma, piden lo que este maestro les pueda dar, con la fe ciega de que para sus muchos males cualquier medicina podrá servir. Y despertado el deseo, mueven el brazo y viene la colaboración. Las gentes, entonces, edifican las casas; dan de su propia tierra un pedazo para la escuela de sus niños; construyen un gallinero, remueven los escombros en el patio, traen los arados y ayudan en el huerto. Al calor de los nuevos tiempos y a condición de que el maestro de esta nueva escuela pueda hacerlos vibrar, la apatía y la incapacidad desaparecen y en su lugar surgen, como elementos de indiscutible valor, la fe y el entusiasmo; el esfuerzo heroico para vencer la pobreza del medio; la colaboración.

El problema de la utilidad, la contestación a la eterna pregunta que le plantea la vida primitiva a la vida civilizada, “¿para

qué?”, queda todavía en pie. Y seguirá ahí hasta que las vías de comunicación material y espiritual no se abran ampliamente, facilitando la participación de ideas y de bienes y haciendo posible, deseable y explicable, la vida cultural de los mexicanos.

Este es, pues, el escenario humano en el que ha de actuar la escuela rural: país abrupto y hosco, indómita serranía, estepa sedienta, dulce altiplanicie, bosque virgen, cañada torrentosa, pródigo clima; pueblo sabio en la sabiduría de muchas razas, en los recuerdos de muchas tradiciones; cansado a veces, con fuerzas virginales las más; confuso murmullo de lenguas extrañas; kaleidoscópico discurrir de la vida y costumbres, raza fluida, en devenir constante; pura aquí, turbia allá, compleja mentalidad del indio, del moro, del castellano; religión extraña que riega frente a la cruz cristiana los pétalos paganos del cempasúchil; país de muchas gentes, unificado en la emoción, dividido en la idea; alma en gestación; y sobre este cosmos el ventarrón de una revolución que pasó ha poco y dejó a las ramas de los árboles todavía crujiendo; temblando a todas las hojas del bosque, y a las conciencias, despiertas y azoradas, levantando la vista, mirando al cielo donde brilla un nuevo sol. Magnífico escenario en el que surge animoso el maestro rural, producto de ese pueblo, plantado en ese suelo, despierto también y agitado por el mismo huracán que a todos conmovió, trémulo de la misma ansiedad de llegar a ser.

Mensaje pronunciado en el acto inaugural del CREFAL*

Señor Presidente de la República,
Señoras y señores:

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura; la Organización de los Estados Americanos, y el Gobierno de la República Mexicana, con muy hondo sentido han dado ser y existencia a este primer Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina. Digo que con sentido profundo porque considero que no es fundando instituciones de beneficencia o tutorías como habrán de resolverse los problemas de los pueblos, sino desarrollando en lo mejor de sus hombres su propia capacidad de pasión y de amor, de talento y de fe para intervenir en la resolución de los problemas que agobian a las naciones.

Este Centro, albergado en la casa que alzó aquí entre los olivos de paz un hombre constructor, pretende ser más que edificio, escuela y burocracia, laboratorio de una gran conciencia, fuente

* Pátzcuaro, Michoacán, México, 9 de mayo de 1951.

de vitales experiencias para los legítimos forjadores de la conducta humana: los maestros, estos maestros del Nuevo Mundo que anhelan crear un mundo nuevo, quienes retornarán a sus lares empapados de convencimiento y conocedores de los logros y de los fracasos comunes, dueños de procedimientos clarificados de acción y de cooperación, con miras a conseguir un futuro que nos hermane como hasta ahora nos ha hermanado un pasado glorioso aunque lleno de vicisitudes.

La América Latina con su inmenso territorio y sus recursos naturales tan alabados, no produce todavía los alimentos suficientes y necesarios para el cuerpo y para el espíritu de sus habitantes, y lo que es aún más trágico: esta deprimente conclusión no sólo es válida para el continente sino para el resto del mundo, porque más de la mitad de la población del globo está mal alimentada, mal alojada, mal vestida y es analfabeta, es decir, el hambre, la desnudez, la enfermedad, la ignorancia y el desaliento, son males universales cuyo conocimiento nos impulsa a asegurar que no hay que hablar de zonas atrasadas porque éstas son la regla, sino más bien de áreas excepcionales que si han alcanzado un extraordinario desarrollo material resienten en cambio grandes deficiencias en otros órdenes. Son muchos y muy conocidos los males que apareja la civilización entendida como un aumento de cosas, como un programa material, para detenernos a enumerarlos y analizarlos; mas para estos males universales, era preciso pensar en remedios también universales, es decir, que lleguen a todos los hombres y que abarquen al hombre por entero. Tal es la educación fundamental, que constituye un terreno común para todos los pue-

blos y que al dirigirse al hombre universal, se dirige también a lo que hay de universal en cada hombre, y por lo mismo que la educación fundamental no es una creación artificiosa, ni una fórmula política que se inventa como un acomodo transitorio o una cosa nueva o un descubrimiento del siglo XX, sino algo tan viejo como la familia humana, porque tiene su origen en sus propias necesidades, postularla es sólo reconocer su existencia, impulsarla es únicamente volver a las raíces de toda cultura y la cultura, dice un pensador mexicano: “[...] es una suerte de función vital, es una manifestación orgánica que al realizarse lleva en este mismo hecho su propia ilustración; ella es solamente necesidad, por esto ha de afrontar con atrevimiento sus problemas, debe afrontar soluciones adecuadas, salvadoras y satisfactorias; contrariamente en épocas de desastre moral, la cultura se vuelve ornamento y cesa poco a poco de responder a una función, se vuelve simple decoración, flores sin racimos en la sociedad; una cultura no se mide por la distancia que la separa del pueblo que la produjo, sino por la autenticidad y profundidad de su origen”. En última instancia, nuestra civilización será juzgada por los servicios que preste al hombre, por la conciencia que le despierte de sus derechos y deberes y por la forma en que lo prepare para colaborar en la obra común de la paz.

No estoy de acuerdo en pormenorizar aquí el programa a través del cual queremos estar a tono con los conceptos anteriores, por lo que me concretaré a informar que no habrá en el CREFAL, ni cátedras, ni aulas, pero no queremos decir en forma alguna que queda abolido el pensamiento que anima a la materia ni la teoría

que dirige la acción; queremos más que entregarnos a elaborar tesis abstractas preparar un porvenir mejor, vivir la sensación de que cada noche entregamos la realidad algo más ennoblecida de lo que nos la confiara la mañana; queremos declarar con nuestros grandes pensadores de habla latina que en esta empresa no nos anima preferentemente el propósito de la búsqueda científica, pues la ciencia no abarca todo el problema humano, sino más que todo desentrañar el espíritu de esa filosofía americana, la de Bello, Sierra, Martí, Reyes, Romero Rojas, Sáenz, González Prada y Hostos, para no mencionar más, que quiere ser ante todo una investigación sobre el hombre mismo, sobre el camino de su dignidad; una filosofía que se vuelve ética social al plantear la angustia de la vida, hecho real, como problema empírico que lleva a la acción mejoradora.

Nuestros 50 alumnos trabajarán en equipos a los cuales se les entregarán 10 pueblos con características diferentes, para impulsarlos en los cuatro rumbos cardinales de la educación fundamental, a saber: la conservación de la salud, el aprovechamiento de los recursos naturales, la dignificación del hogar y el fomento de las sanas recreaciones. Paralelamente experimentaremos y aplicaremos métodos para la campaña contra el analfabetismo, tomando su liquidación como medio para conseguir los cuatro propósitos anteriores.

Como vamos a trabajar en la región tarasca, muchas personas de dentro y de fuera del país, han pensado que el Centro Regional será una institución especializada en asuntos indigenistas, y al respecto es necesario decir algunas palabras, aunque a riesgo de repetir lo que investigadores, estadistas y maestros han con-

cluido sobre el llamado problema indígena.

No es hora de insistir en la supuesta inferioridad del hombre autóctono de América en relación con el de otras latitudes; desde hace siglos Clavijero y Sahagún afirmaron que los hombres de la América eran en el fondo de sus almas lo mismo que los europeos y que si alguna vez han parecido de diferente especie, ha sido porque una triste educación o una dura servidumbre no les han permitido adquirir las luces necesarias para la conducta racional de su vida. El concepto de raza resulta actualmente anticientífico; el mundo entero ha sustituido este concepto por el de clase social y según este criterio el indígena viene a quedar comprendido entre las clases económicamente desposeídas, trasladando por tal motivo al llamado problema indígena de los campos de la biología a los terrenos de la sociología.

Hace tiempo que el indio dejó de ser un simple tema arqueológico, actualmente se le considera como un factor vivo y actuando dentro de la economía y del progreso; así pues nuestra posición al respecto descansará sobre la consideración de que tanto en las comunidades nacionales como en la comunidad mundial, ya no hay indios, ni blancos, ni mestizos, sino simplemente hombres con idéntica dignidad e iguales derechos individuales y sociales, hombres hechos todos, según el concepto bíblico, a la imagen y semejanza de Dios mismo.

Y ahora permitidme una evocación: hace 400 años en medio de este panorama se realizó el primer ensayo de educación fundamental en nuestro país, principalmente debido a la visión y esfuerzo de don Vasco de Quiroga. Es tan pasmosa la exuberancia del

ideal, el poder de creación de don Vasco, que él mismo llegó a confundir lo que fue una cualidad de espíritu con las utopías con que esparció el ánimo la literatura de fines de la Edad Media, de extraordinaria amplitud para lo fabuloso. Don Vasco fue un varón del Renacimiento, del Renacimiento que penetró todas las actividades humanas, cambiando la idea de la vida; el humanismo que esta época acarrea no se expresa en don Vasco como una concepción intelectual sino como una ética social, más aún: como una acción sobre el hombre concreto.

Entre los hombres que vienen a la conquista las actitudes son de lo más opuesto al adueñarse del reino que ellos, cambiando malicia y agudezas de caballo a caballo, llamaron de los tarascos; a los más los corroe la ambición del oro; alguno, poeta y cronista a lo Bernal Díaz, se deja ganar por la contemplación del paisaje lacustre; pero allá en lo remoto del camino, a la zaga de las caballerías, se mueve un grupo apostólico al que sólo le interesan los pueblos, no importan las criaturas que los habiten; y así, en esta tierra de simientes y cimientos, don Vasco pone los primeros sillares de su obra material y funda un seminario que luego ha de extender su doctrina sobre este suelo virgen de América. Con el barro modelable y puro del hombre nativo, don Vasco se entrega a la nueva experiencia: va a crear una humanidad más feliz, saneada de los vicios de Europa y para lograrlo pone en marcha una sabia estructura social, propicia la convivencia y la dignidad del hombre, aprisca las familias en pueblos, traza los poblados, crea las bases económicas de ellos, fortalece los enlaces humanos por medio de los vínculos del comercio, fomenta el desarrollo de los

mejores elementos de la cultura aborígen por medio de una educación llena de paciencia, amor y humildad.

Empleando en esta ocasión las palabras que el señor presidente Alemán pronunció en el muy reciente Congreso de la Lengua, podemos decir que don Vasco está presente en la obra que hoy emprendemos y que nuestra institución tiende a honrar su memoria en la mejor forma que encontramos para hacerlo: tomando de él ese acendrado amor para la obra redentora, la fe que alentara sus 94 años vestidos con el polvo de caminos y veredas y el valor para imponer la esencia de su doctrina sin temor a inquisiciones aunque, eso sí, alentando nosotros diferentes incentivos y siguiendo procedimientos acordes con las formas de acción que imponen las centurias.

Señor Presidente de la República, licenciado don Miguel Alemán: la llave de vuestra generosidad ha abierto hoy la puerta a un verdadero laboratorio para la paz, en contraste con quienes día a día abren locales tenebrosos para alojar las absurdas investigaciones que perfeccionan los sistemas del odio y de la destrucción. Muchas gracias por vuestro gesto patriótico y humano.

Señor Ministro de Educación, licenciado don Manuel Gual Vidal: estamos reconocidos por la forma en que habéis colaborado para interpretar el pensamiento del señor Presidente en conexión con el CREFAL.

Señor Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, don Jaime Torres Bodet: nuestras palabras son pobres para decirnos cuán grande es el reconocimiento de los maestros de América y de México

que, por vuestra iniciativa, abrevarán en fuentes de renovada inspiración para modelar un nuevo tipo de hombre.

Señor Secretario General de la Organización de los Estados Americanos, don Alberto Lleras Camargo, representado aquí por los señores Amorós Lima y Nanetti: al venir en ayuda para la vida del Centro Regional, estáis cumpliendo seguramente con uno de los postulados más nobles de la institución que dignamente presidís.

Representantes de las organizaciones mundiales de la Agricultura, del Trabajo y la Salud: decid a vuestros presidentes que en estos solemnes actos se les ha recordado con sumo aprecio por su valiosa ayuda.

Señores embajadores de los países que han enviado alumnos al CREFAL: vuestros nacionales y nosotros nos sentimos alentados con vuestra presencia en este acto inaugural y esperamos que en la medida de vuestras posibilidades colaboréis en este empeño de interés colectivo.

Señor Gobernador del Estado, señor Presidente Municipal de esta ciudad y autoridades municipales e indígenas: reconocemos vuestra parte en nuestro proyecto y os pedimos no desmayéis para conseguir benéficas realizaciones en favor de vuestros gobernados.

Señor general don Lázaro Cárdenas, en cualquier lugar donde os encontréis, estáis entre nosotros y la ausencia de todo adjetivo es el mayor elogio que hemos encontrado para vuestra actitud.

Alumnos del Centro Regional: habéis venido a este país no a encontraros en el mundo de las perfecciones, sino en una nación

como cualquiera otra que os presenta abiertamente en forma simultánea sus penas y sus alegrías, sus altas y sus bajas, sus tropezos y sus realizaciones y que os recibe no como espectadores de su drama sino como actores de su vida actual preñada de anhelos y de confianza óptima. Al llegar a vuestros pueblos seréis llamados maestros, y como tales esperamos que actuéis; vuestro acervo de experiencia servirá al nuestro para consolidar lo que ahora es balbuceo, pero que pretende convertirse en palabra madura en el lenguaje de comprensión que algún día se hablará en los reinos de la concordia. Abrid vuestros ojos y vuestros oídos, dad rienda suelta a vuestras imaginaciones; canalizad vuestras inquietudes, hermanaos entre vosotros y tended las manos para estrecharlas con las de todos aquellos que riegan la simiente. Que las músicas, las canciones, el ritmo de las danzas, la policromía de las banderas, el espectáculo de un pueblo unido en torno del bien, bajo este cielo de Morelos, campeón de la justicia y de las libertades, sean las más quedas notas de la armonía interior que se os haya despertado en el corazón al saber que estáis llamados a mantener viva la esperanza.

La educación fundamental y la educación primaria, sus relaciones y diferencias*

La escuela primaria fundamental, recomendada por los educadores latinoamericanos que se reunieron en el Seminario de Río en 1948, representa un esfuerzo para aplicar, dentro de la jurisdicción de la escuela organizada, el concepto de Educación Fundamental auspiciado por la UNESCO. Sobre la base de las resoluciones del Seminario de Río de Janeiro, el Seminario de Montevideo señala el fin y los principios de la Escuela Primaria Fundamental. La Escuela Primaria Fundamental servirá a la comunidad como un centro de cooperación para resolver sus necesidades culturales, económicas y sanitarias. Por lo tanto, su plan de estudios debe reunir las siguientes condiciones:

1. Se ajustará a las necesidades de la comunidad y de los alumnos. Su contenido aprovechará los valores del medio.
2. Contendrá actividades capaces de incorporar, a la vida y conducta del educando, los conocimientos, los valores y técnicas tendientes a la formación de su personalidad.

Es muy lógico que al tratar de hacer efectivo el principio de la enseñanza gratuita y obligatoria, se pensara en las relaciones

* Conferencia fechada el 13 de diciembre de 1957.

que hay entre la educación primaria y la educación fundamental.

Las relaciones entre la educación primaria y la educación fundamental son estrechas, profundas, necesarias, operantes, recíprocas, de coordinación y colaboración, como es natural que acontezca dentro del mismo proceso social orgánico, entre la parte, que es la educación primaria, impartida por la escuela, y el todo, que es la educación de la comunidad, objeto de la educación fundamental.

La UNESCO se abstuvo antes de dar una definición sobre educación fundamental, por exigir tal cosa un grado de precisión excesiva.

Es indiscutible que el pensamiento de la UNESCO entraña una teoría del hombre y de la vida social, un nuevo concepto de educación y una política o acción social correspondiente. Pero también, evidentemente, la actitud de la UNESCO en este particular no podría ser menos dogmática, como es fácil deducir de lo que se acaba de exponer. Esta amplitud en la orientación, en los métodos y aplicaciones, hace de la educación fundamental un instrumento que permite interpretar las realidades propias de cada país y trabajar sobre ellas.

La educación fundamental no es planta extraña en nuestro medio. Tiene aquí sus raíces en el siglo XVI, en la pedagogía misionera de Vasco de Quiroga, Ludovico Bertono y otras ilustres figuras. En el tiempo actual, la educación primaria de algunos países, principalmente la rural, no difiere en esencia de la educación fundamental. Por estos antecedentes, por su propia naturaleza, es aplicable en nuestro medio.

No es necesario insistir en la conexión estrecha que existe entre la educación de los niños y la educación de los adultos. Es bien sabido que los niños pierden más rápidamente las ventajas adquiridas en unos cuantos años de escolaridad, cuando son reabsorbidos por una colectividad analfabeta, apática, que no estimula ni aprecia esas ventajas.

La educación fundamental, que tiende a mejorar las condiciones económicas y de salubridad de la comunidad, que influye sobre el hogar y en las relaciones de la gente, que alimenta al hombre y le propone tareas, que aviva la acción social que es parte de las mismas fuerzas colectivas, que promueve la educación de los adultos y crea así las condiciones que hacen posible la cultura, es, sin duda, un complemento necesario de la educación primaria.

Por su parte, la escuela tendrá que reorganizarse para cumplir su verdadera función. Ésta no es sólo de aprovechamiento de las condiciones favorables que le ofrece el medio, para conseguir que todos los niños asistan con regularidad a la escuela y obtener mejores rendimientos en su aprendizaje.

Ciertamente, muchas escuelas han logrado notables progresos en la enseñanza. Ajustan el ritmo de ella al proceso integral de maduración del niño y a toda su persona.

En extensas regiones del continente, la enseñanza primaria no es sólo insuficiente: es de una deficiencia comprobada, por no atender, como se pretende que lo haga, a la necesidad de mejorar la vida colectiva. Ello explica que el pueblo no se interese por la escuela, que sean tan pocos los alumnos que asisten a las clases,

tan elevados los índices de deserción escolar, las condiciones de desprestigio social y de retribución insuficiente del profesorado.

Ralph L. Deals escribe en su libro *Cherán: una villa en la Sierra Tarasca*:

[...] con el debido reconocimiento del esfuerzo y la sinceridad aplicados al sistema escolar, las escuelas de Cherán en ningún sentido preparan a los niños para la vida en dicho pueblo. El residente que ha terminado su aprendizaje escolar aventaja poco al analfabeto en las prácticas agrícolas rutinarias seguidas en la comunidad. Si sabe leer y escribir, quizás corra menos riesgo de ser engañado en sus tratos y tenga más oportunidad de obtener un empleo municipal. Si su instrucción es verdadera, para aprovecharla ha de apartarse del modo básico de vida de Cherán. Esa persona puede hacerse tendero o dedicarse a explotar un taller, menesteres en que su educación puede serle de algún provecho.

La mayor ventaja de la enseñanza escolar estriba en dotar mejor a algunos individuos para contender con el mundo mestizo que ejerce alguna presión sobre Cherán. Pero, aun así, el niño que asiste a la escuela adquiere escasos conocimientos sobre sus derechos y responsabilidades en un mundo mayor.

En la medida en que la educación es efectiva y se aprovecha, y más aún para los que desean adquirir una educación más avanzada, el individuo se aleja de la cultura de Cherán. Si permanece en el pueblo, tiende a convertirse en un explotador más bien que en un productor, o a ocupar una posición de enlace entre el mundo mestizo y el resto de la población. O más general-

mente, se separa por completo de la cultura de Cherán, trasladando su residencia a cualquier otra parte de México.

Sólo en muy escasa medida y en un número muy limitado de casos, un individuo se convierte en un mejor productor, esto es, en un mejor agricultor, o se dedica a un trabajo aprendido en la escuela o se convierte en fuerza y ejemplo que estimula a la comunidad a mejorar sus habitaciones, su alimentación y sus prácticas sanitarias o a lograr niveles más altos en la organización de la comunidad.

La educación formal no está adaptada todavía a las necesidades y problemas de la vida de Cherán; es, y seguirá siendo, relativamente ineficaz mientras no logre ser de utilidad notoria para el tipo medio de residentes en el pueblo. En otras palabras, mientras el proceso educativo no se conciba en primer término desde el punto de vista de la cultura de Cherán, en lugar de enfocarlo desde el punto de vista de las necesidades o ideales nacionales, no será eficaz. Y, paradójicamente, cuando la educación se adapte a las necesidades de Cherán, entonces se habrá orientado realmente hacia objetivos nacionales.

El problema de la educación rural no radica meramente en la enseñanza de los conocimientos mínimos de lectura, escritura y aritmética. Comprende también la enseñanza de la agricultura, de las artes e industrias, de la higiene y otras cosas tan vitales como éstas, con lo que el aprendizaje escolar puede serles de algún provecho.

La realidad de América Latina es la escuela rural, porque

esta es su realidad demográfica, que exige entera aceptación. En la aldea rural está el porvenir de la patria, el alma de la nación, porque en ella se conservan vigorosos los rasgos de nuestra auténtica fisonomía, de nuestra tradicional cultura, que es la parte valiosa de la historia que vive en el presente.

Esta escuela es la llamada a proporcionar una base institucional a la educación fundamental. En algunos países, como en México, la escuela rural se mueve en tres planos, integrados en una misma perspectiva: el de la educación primaria, el de la educación de jóvenes y adultos, hombres y mujeres, y el de la acción social ejercida en toda la comunidad.

Para evitar la deserción escolar y sus efectos, se podrían tomar medidas como las siguientes:

a) Ajustar el calendario y el horario a las necesidades y costumbres de la comunidad.

b) Dar unidad a cada uno de los ciclos educativos.

c) Estrechar las relaciones entre la escuela y la Asociación de Padres de Familia.

d) Mantener contacto, mediante actividades adecuadas, con los niños y adolescentes que no asisten a la escuela.

e) La escuela de un solo maestro adoptaría una organización que permita la atención de todos los grados educativos.

f) Es preciso dotar a la escuela de materiales educativos que auxilien al maestro en sus tareas.

La formación profesional debe permitir a los maestros, y muy en particular a los rurales, llegar a ser no sólo técnicos de la enseñanza, sino también personas que puedan tomar parte del medio

en que están llamados a vivir. La antropología social, la alfabetización y la educación de adultos, los medios audio-visuales, la preparación agropecuaria, en oficios, industrias y artes; la economía doméstica (para las mujeres) y la más amplia preparación para mejorar las condiciones del hogar, serán suficientemente valorados en la formulación de los planes de estudios.

Labor ímproba para los maestros es la que se propone. Sin embargo, muchos humildes maestros, que han tenido fe en la vida y en su profesión, sin lo cual no se puede ser maestro, la han cumplido en varios países.

En algunas partes de este trabajo hemos aludido a los misioneros católicos del siglo XVI. Misioneros han sido también esos maestros. Por eso tenemos confianza. Ellos han hecho realizable el pensamiento de Justo Sierra: “¡Oh, si como el misionero fue un maestro de escuela el maestro de escuela pudiera ser un misionero!”

Palabras finales*

Profesores, estudiantes y empleados del CREFAL, autoridades federales y estatales, señoras, señores:

Por razones que al final expresaré, decidí en esta ocasión repetir, a guisa de discurso conmemorativo del XIII aniversario de la fundación del CREFAL, fragmentos de mis alocuciones pronunciadas en ceremonias similares a la presente o en las de entrega de diplomas a becarios que concluyeron satisfactoriamente sus estudios en esta casa.

Hace 13 años, en la Plaza de San Francisco de esta ciudad, lugar escogido por su amplitud y belleza, el señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, licenciado don Miguel Alemán Valdés, inauguró el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina, siendo acompañado en tan solemne ocasión por el señor Director General de la UNESCO, don Jaime Torres Bodet; por los representantes del señor Secretario General de la Organización de los Estados Americanos y de las otras agen-

* Discurso pronunciado el 9 de mayo de 1964, al despedirse como director del CREFAL, en el décimotercer aniversario de la institución.

cias internacionales que nos patrocinan; por el señor Secretario de Educación Pública de México, licenciado don Manuel Gual Vidal, a cuya memoria rindo tributo de gratitud, dado lo mucho que hizo por el Centro; por el Gobernador del Estado de Michoacán, general don Dámaso Cárdenas; por el señor Presidente Municipal de Pátzcuaro, señor doctor don Benito Mendoza Nambo; por los señores embajadores de los países latinoamericanos; por periodistas de ésta y de otras naciones, y por miles de habitantes de pueblos y ciudades circunvecinos que concurrieron trayendo algunos sus músicas y danzas, pero todos, invariablemente, su regocijo.

Los primeros 50 estudiantes, presentes asimismo en el acto, procedían de estos nueve países: Bolivia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Perú y México.

La emoción y la esperanza saturaban mi voz cuando tuve que presentar saludos y agradecimientos, diseñar planes y programas y sentar los principios de una filosofía normativa que diera enjundia, desde el mismo día de su apertura, a la incipiente institución.

1

Y estas son algunas de aquellas palabras:

“Este Centro, albergado en la casa que alzó aquí, entre los olivos de paz, un hombre constructor, don Lázaro Cárdenas, pretende ser más que edificio, escuela y burocracia, laboratorio de una

gran conciencia, fuente de vitales experiencias para los legítimos forjadores de la conducta humana: los maestros; estos maestros del Nuevo Mundo que anhelan crear un mundo nuevo, quienes retornarán a sus lugares empapados de convencimiento y conocedores de logros y de fracasos comunes, dueños de procedimientos clarificados de acción y de cooperación, con miras a conseguir un futuro que nos hermane tanto como hasta ahora nos ha hermanado un pasado glorioso, aunque lleno de vicisitudes.

”La América Latina, con su inmenso territorio y sus recursos naturales tan alabados, no produce todavía los alimentos suficientes y necesarios para el cuerpo y para el espíritu de sus habitantes y, lo que es aún más trágico, esta deprimente conclusión no sólo es válida para el Continente, sino para el resto del mundo, porque más de la mitad de la población del globo está mal alimentada, mal alojada, mal vestida y es analfabeta. Es decir: el hambre, la desnudez, la enfermedad y la ignorancia, son dolores mundiales cuyo conocimiento nos impulsa a asegurar que no hay que hablar de zonas atrasadas, porque éstas son la regla, sino más bien, de áreas excepcionales que si han alcanzado un extraordinario desarrollo material, resienten, en cambio, grandes deficiencias en otros órdenes. Son muchos y muy conocidos los padecimientos que apareja la civilización entendida como un aumento de cosas, como un programa material, para detenernos a enumerarlos y analizarlos.

”Para estos males universales era preciso pensar en remedios asimismo universales, es decir, que llegaran a todos los hombres y que abarcaran al hombre por entero: tal es la educación

fundamental, que constituye un terreno común para los pueblos y que al dirigirse al hombre universal se dirige también a lo que hay de universal en cada hombre.

* * *

No sería cuerdo pormenorizar aquí el programa al través del cual pretendemos estar a tono con los conceptos anteriores, por lo que me concretaré a informar que no será el CREFAL certamen de especulaciones, sin que pretendamos decir con esto que aboliremos el pensamiento que anima la materia o la teoría que dirige la acción; queremos, eso sí, más que entregarnos a elaborar tesis abstractas, preparar un porvenir mejor; vivir la sensación de que cada noche entregamos la realidad algo más ennoblecida de lo que nos la confió la mañana. Queremos declarar, con nuestros grandes pensadores de habla latina, que en esta empresa no nos anima exclusivamente el propósito de la búsqueda científica —pues la ciencia no abarca todo el problema humano—, sino más bien desentrañar el espíritu de esa filosofía americana, la de Sarmiento, Bello, Sierra, Martí, Reyes, Sáenz y Hostos, para no mencionar más, que quiere ser ante todo una investigación sobre el hombre mismo, sobre el camino de su dignidad; una filosofía que se vuelve ética social al plantear la angustia de la vida —hecho real—, como problema empírico que lleva a la acción mejoradora.”

* * *

Y luego, en otro periodo, añadí para aclarar:

“Como vamos a trabajar en la región tarasca, muchas personas de dentro y fuera del país piensan que el Centro Regional será una institución especializada en asuntos “indigenistas” y al respecto es necesario decir algunas palabras, aunque a riesgo de repetir lo que investigadores, estadistas y maestros han concluido sobre el llamado problema indígena.

”No es hora de insistir en la supuesta inferioridad del hombre autóctono de América en relación con el de otras latitudes. Desde hace siglos Clavijero y Sahagún afirmaron que los hombres de la América eran en el fondo de sus almas lo mismo que los europeos, y que si alguna vez han parecido de diferente especie, ha sido porque una triste educación o una dura servidumbre no les han permitido adquirir las luces necesarias para la conducta racional de su vida.

”El concepto de raza resulta actualmente anacrónico. El mundo lo ha substituido por el de clase social y según este criterio el indígena viene a quedar comprendido dentro de la económicamente desposeída, trasladando por esto su problema de los campos de la Biología a los de la Sociología.

”Hace tiempo que el indio dejó de ser un simple ‘tema arqueológico’. Actualmente se le considera como un factor vivo y actuando dentro de la economía y del progreso.

”Así, pues, nuestra posición al respecto descansa sobre la consideración de que tanto en las comunidades nacionales, como en la comunidad mundial, ya no hay indios, ni blancos, ni mesti-

zos, sino simplemente hombres con idéntica dignidad e iguales derechos individuales y sociales, hombres hechos todos a la imagen y semejanza de Dios.”

* * *

Y finalicé así:

“Alumnos del Centro Regional: habéis venido a este país no a encontrar un mundo perfecto, sino una nación como cualquiera otra, que os presenta abiertamente, en forma simultánea, sus penas y sus alegrías, sus altas y sus bajas, sus tropiezos y sus realizaciones y que os recibe no como espectadores de su drama, sino como actores de su vida actual preñada de anhelos y de confianza óptima. Al llegar a vuestros pueblos seréis llamados maestros y como tales esperamos que actuéis. Vuestro acervo de experiencias servirá al nuestro para consolidar lo que ahora es balbuceo, pero que pretende convertirse en palabra madura. Abrid vuestros ojos y vuestros oídos, dad rienda suelta a vuestras imaginaciones, canalizad vuestras inquietudes, hermanaos entre vosotros y tended las manos para estrecharlas con las de todos aquellos que riegan la simiente. ¡Que las músicas, las canciones, el ritmo de las danzas, la policromía de las banderas, el espectáculo de un pueblo unido en torno del bien, bajo este cielo de Morelos, campeón de la justicia y de las libertades, sean las más quedas notas de la armonía que se os haya despertado en el corazón al saber que estáis llamados a mantener viva la esperanza!”

Dieciocho meses más tarde se graduaba la primera promoción a la que despedimos haciendo resaltar su labor de precursores tanto en los interesantes campos de la teoría, como en su práctica comprobatoria en la que llamábamos entonces zona de influencia.

Al comentar, en el momento de los adioses, la acción del grupo en los dos aspectos, dije:

“Casa material y espiritual, más importante la segunda que la primera, habéis contribuido a cimentar. Sillares de sacrificios, de dudas y de amarguras, habéis colocado en las cepas junto a otros de suprema certidumbre, de voluntad, de alegría y de confianza. Estas piedras matrices quedarán aquí para que vuestros compañeros actuales y quienes lleguen después, continúen estructurando los cuerpos del edificio, abriendo más ventanas para que por ellas penetre la luz de los cuatro rumbos cardinales, hasta colocar la tejería y elevar, por último, sobre lo construido, un mástil donde ondee una bandera, sin colores ni emblemas: la bandera blanca símbolo de una paz incondicional, bandera tejida por todos para que a todos nos cobije.

”En cada una de las comunidades de la zona de influencia hay un obra —grande o pequeña— que atestigua vuestro paso; aunque no es esto lo importante, porque para nosotros bien podría no existir signo visible, con tal de tener, como tenemos, la convicción de que habéis dejado una huella espiritual cuya consecuencia, cuando sea tiempo de pedirle frutos al árbol será, sin lugar a

dudas, una transformación en la conducta cívica y social de los habitantes de los pueblos que temporalmente fueron puestos a vuestro amparo. De este aspecto de vuestra labor es de donde esperamos hayáis obtenido las mejores experiencias, porque como frecuentemente os lo repetí, vosotros no vinisteis al CREFAL a recibir una ampliación de los conocimientos específicos de vuestras profesiones, de cuya hondura y amplitud son en todo caso responsables las escuelas que os formaron, sino a estudiar los métodos y procedimientos que hagan descender o ascender, según se considere, la ciencia a su origen: el alma del pueblo, al través de una actitud construida a la luz de la razón y de la pasión, que os convierta en verdaderos maestros, en miembros de esa profesión para la cual, como dice un gran hombre, “es imposible que la capacidad del talento logre excusar la aridez del alma y la indiferencia del corazón”.

”Aquí os dejamos ahora a la orilla de vuestro destino y del destino de América. Lleváis un programa de titanes, pero vosotros no sois pigmeos. Habéis de oponer contra la enfermedad, la salud; contra la pobreza, la abundancia; contra la ignorancia, el saber; contra la opresión, la justicia; contra el odio, la concordia; contra la guerra, la paz. Id dispuestos a convertirlos en el freno de los despotismos presentes y futuros: los despotismos del mando, del privilegio, de los egoísmos, de las arcaicas pedagogías, de las creencias falsas. Estáis llamados a ser consuelo y exigencia, escuela y castigo, realidad y sueño y como trataréis de unir lo que otros dividen, disponeos a la muerte si vuestra sangre sirve para fecundar los campos de un nuevo tipo de existencia.”

Como era de esperarse, el CREFAL, desde su fundación, fue punto de mira para los intereses de los grupos situados en posiciones ideológicas extremistas, los que recurrieron a todos los medios, casi siempre bastardos, para socavar su posición independiente apoyada en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, de tal manera que el espionaje, la intriga, la arenga disolvente, la crónica injuriosa y la crítica despiadada fueron el reptil hallado cotidianamente en nuestro seno, al que venturosamente estrangularon nuestras convicciones democráticas que no pudieron domar la estulticia y la perversidad unidas en maridaje, aunque eso sí, consiguieron inferirnos heridas que el tiempo no ha podido restañar completamente.

Fue en aquellos días cuando al conmemorar el segundo aniversario dije:

“Me atrevo a pedirlos, señores profesores y estudiantes, que dediquéis este minuto a la consideración de nuestras responsabilidades y os pido, además, que me acompañéis desde lo íntimo de vuestras conciencias a declarar: que no es mi libertad, ni mi justicia, ni mi paz; ni tu libertad, ni tu justicia, ni tu paz, las que aquí pregonamos, sino simplemente la paz, la justicia y la libertad que tienen como base el reconocimiento de la dignidad del hombre sin distinciones de ninguna especie; que no es mi religión, ni tu religión, la que habrá de practicarse dentro de los muros de este recinto, sino que cada quien tiene, dentro y fuera de él, pleno

derecho a seguir las formas de sus credos; que no permitiremos que el principio de libertad política se interprete como autorización para agredir a los demás o como derecho a la posesión de una tribuna particular desde la que, para hacer privar las ideas individuales, se ofenda el espíritu de nuestra comunidad; que la tolerancia, antídoto para el tósigo de los fanatismos y de las intransigencias, vivirá entre nosotros presidiendo la convivencia de quienes laboramos por el advenimiento de una humanidad comprensiva y justa; que confiamos en el destino de América y del mundo; que la semilla depositada hace dos años, todavía pequeña, sigue teniendo en nuestros pechos surco y linfa promisoros de cosechas abundantes; que el estudio y la investigación científica constituyen y constituirán nuestro constante empeño, pero que de ninguna manera el frío razonamiento substituirá nuestra apasionada actitud de entrega a la consecución de una existencia mejor.”

4

Y luego, al graduarse la generación correspondiente, expresé:

“Principiaré diciendo que nosotros, vuestros maestros, declaramos que no hemos llegado a la estructuración de un programa perfecto para el adiestramiento de los estudiantes o para la mejoría de las comunidades; ni a la formación de horarios satisfactorios; ni a la posesión de una escala que mida, por números o por letras, la capacidad y la dedicación; ni hemos conseguido que

nuestros talleres enseñen lo que debieran enseñar; ni que muchos de nuestros proyectos hayan pasado de eso, de meros proyectos y que otros apenas si se iniciaron; que tampoco nuestros materiales de experimentación han llegado a donde debieron llegar; que nos ha sido imposible avanzar hasta los tratamientos individuales atendiendo, a los intereses, a las aptitudes y a la preparación específica de cada alumno; que en materia de métodos aún existen vacilaciones y que, en fin, muchas de vuestras críticas y de las críticas de los extraños tienen punto de justicia.

”Pero en cambio, estad seguros de que día tras día, a pesar de las dolorosas fricciones originadas por el roce de criterios heterogéneos, nos hemos entregado, como lo prometimos cuando la apertura de este Centro, más que a elaborar tesis abstractas, a consolidar una filosofía que nos defina.

”Continuamos y continuaremos asegurando que la educación fundamental no es una creación artificiosa, ni una forma política inventada como un acomodo transitorio, o una cosa nueva, o un descubrimiento muy siglo XX, sino algo tan viejo como la familia humana porque tiene origen en las necesidades de ella y que postularla es sólo reconocer su existencia.

”Continuamos y continuaremos asegurando que los ideales de libertad, democracia, paz y justicia social son el punto de partida y de llegada de la educación fundamental; que ella está condicionada por el ambiente físico y social en que se desarrolla; que es para la comunidad y no para las masas; que es integral; que no concibe a la escuela como una copia de la vida, sino como parte de la vida misma; que no hace distinciones de razas ni de credos y

que, para realizar sus postulados, precisa de maestros del hombre que lleguen frente a él llenos de fe, de emoción y de íntimo convencimiento de la bondad y eficacia de su obra.”

5

Hacia el quinto año de nuestra vida las Naciones Unidas decidieron evaluar la labor del CREFAL mediante el estudio de la actuación de los egresados en varios países, cuyo resultado fue positivamente valioso. Sobre un incidente surgido durante los trabajos de la comisión designada, quise informar a los graduados de la quinta generación para que se sintieran estimulados al saber del espíritu de confianza y optimismo que alentaba, que alienta aún por fortuna, a sus compañeros en el ejercicio de los principios que abrevaron en esta casa de estudios, y así lo hice:

“Como sabéis, a principios de este año, los organismos internacionales que nos patrocinan, decidieron integrar una misión evaluadora. Pues bien, alguno de los miembros de ella me preguntaba, un poco en serio y un poco en broma: ¿qué les dan ustedes a sus alumnos para apegarlos tanto al CREFAL y a su doctrina?

”Por toda contestación sonreí entonces, pero hoy quiero formular para vosotros algunas consideraciones en torno a la interrogación:

”Poco os enseñamos y nada os damos; pero mucho os han dado y enseñado los momentos de confraternidad panamericana que vivisteis aquí y los intercambios de vuestras experiencias, no

tanto técnicas como humanas; esa meditación en común sobre la vida material y espiritual de nuestras naciones, sobre sus anhelos, virtudes, éxitos, tropiezos, luchas, opresiones y libertades; todo ese antitético conjuro de circunstancias sobre cuyo conocimiento se finca la pedagogía social que tendréis que implantar como medicina contra los males tradicionales de América.

”Poco os enseñamos y nada os damos; pero mucho os dieron y enseñaron los libros que diariamente consultasteis en paciente desentrañar de filosofías y procedimientos, cuya novedad seguramente os produjo, al principio, reacciones contradictorias, pero que después os dejaron la serenidad del juicio normativo de la conducta.

”Poco os enseñamos y nada os damos; pero mucho os dieron y enseñaron los hombres, las mujeres y los niños de las comunidades colocadas bajo vuestra vigilancia. Porque según palabras del fundador de los Centros de Educación Fundamental, “ellos representan los grupos esparcidos sobre la tierra, en tácita imploración para llegar a ser lo que su condición humana les asegura que pueden ser: ciudadanos de un mundo libre, constructores de una sociedad pacífica y democrática, en suma: responsables reales de una existencia tal que, ahora, mientras no les brindemos la enseñanza que necesitan, los responsables, voluntarios o involuntarios, somos nosotros”. Y por esa representación, a cambio de ser objeto algunas veces de vuestra incomprensión, pero invariablemente de vuestro amor, os han dado esa sensibilidad, esa actitud, esa mística, que constituye la admiración de propios y de extraños.

”Poco os enseñamos y nada os damos; pero mucho os da y

enseña el ejemplo de los graduados que trabajan en el Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública, en Honduras; de los que laboran en el Proyecto Piloto de Uribia, en La Guajira, Colombia; de los que establecen granjas comunales para los campesinos y orientan a los maestros rurales, en el Perú; de los que han tomado como campo de acción la región de Ancud, en Chiloé, de Chile; de los que son maestros de maestros en la Escuela Normal Interamericana de Rubio, en Venezuela; de los que dirigen el Proyecto de La Mina, en Uruguay; de los que penetran el misterio de la selva para llegar hasta los grupos salvajes, en Bolivia y en el Brasil; de los que ejercen su influencia redentora, en Dujailah, Iraq; de la misión ejemplar del Río Coco, en Nicaragua y de los que han conseguido trasladarse por varios países en misiones de estudio o como expertos internacionales.

”Poco os enseñamos y nada os damos; pero mucho os ha dado, en fin, esta tierra sobre la que vivieron y lucharon apóstoles como Vasco de Quiroga y libertadores como Miguel Hidalgo y José María Morelos, porque ella, generosa, no ha negado para vosotros, que vais a ser también apóstoles y libertadores, sus dádivas morales.

”No habéis recibido, pues, durante vuestra estancia en Pátzcuaro, filtros, objetos o frases cabalísticas, ni fórmulas o prontuarios para definir la personalidad de educadores fundamentales, sino que simplemente os habéis colocado al amparo del pensamiento humanista universal y frente al origen y objetivo del propósito que perseguís: el hombre concreto empeñado en encontrar los senderos de su dignidad.”

De la alocución conmemorativa del XI aniversario del CREFAL, he seleccionado los siguientes párrafos:

“Considerando que los aniversarios de los individuos o de sus obras, deben tener la virtud, además de permitir el regocijo y su manifestación en músicas y versos y banderas, de dar lugar a balances sobre lo que hemos hecho o podemos hacer todavía para ser mejores y para contribuir a que los demás lo sean, os llevaré, por unos cuantos minutos, a pesar la responsabilidad que plugo al destino echar sobre vuestros hombros al señalaros como primeros factores de un tipo singular de educación que aglutina en su naturaleza elementos tan heterogéneos que van desde la enseñanza de las primeras letras, hasta el establecimiento de programas integrales en los que están presentes la promoción agrícola, el saneamiento ambiental y la administración pública, pasando por consideraciones sobre moral y civismo, así como por actividades recreativas y por el inefable goce de las bellas artes.

”De la meditación a que os invito, que podéis ahondar en momentos de fértil soledad, pretendo que salgáis confortados y de ninguna manera poseídos por el desaliento frente a la magnitud de la empresa. Para esto os señalo dos rutas, ambas, por fortuna, accesibles, a saber: complementar los conocimientos de vuestras profesiones con los específicos de la educación para el desarrollo de la comunidad y formar o aumentar vuestra capacidad humanitaria. La primera os será transitable por el estudio en la cátedra,

en el libro y en el ejemplo; la segunda, ajena a fórmulas y definiciones, sólo la hallaréis buscándola cerca del hombre, conociendo su pasado y su presente en la tierra y en los sueños, padeciendo y gozando con él, trabajando y esperando con él y, a veces, si es preciso, exigiendo con él, pero amándolo invariablemente.

”Muchas horas necesitaréis para destilar la esencia de nuevos aprendizajes, pero de años habéis menester, quizá, para entrañar la filosofía de los formadores de la conciencia individual y colectiva, que los lleva a colocar frente a la teoría la actitud con que debe llegarse al pueblo, la que no puede ser ni externa, ni simulada.

”Venturosamente, técnica y emoción convergen en el objeto de vuestro empeño, por lo cual las ejerceréis simultáneamente, sin subordinar en el fondo una a la otra. Las consecuencias del estudio de las materias del programa tenedlas presentes, pues, en el momento de formular planes, practicar investigaciones, analizar fenómenos sociales y económicos, realizar evaluaciones y hasta, en casos particulares, al dirigir campañas de aseo, de rotación de cultivos, de apertura de caminos, en fin, al ocuparos de toda esa gama de factores tangibles que aparece en el proceso del desarrollo; pero recordad, al fincar toda estructura de transformación material, ‘que el concepto del individuo constructor no debe estar nunca en pugna con el concepto de hombre íntegro’.”

* * *

Habréis entendido, en suma, que la esencia de vuestra responsa-

bilidad radica en que estáis llamados a contribuir, a perfilar, a amasar con vuestras propias manos, un habitante nuevo para el mundo colombino; un hombre que por las madrugadas de días venideros abandone su morada, amplia y acogedora, para echarse a las calles, convertidas en ríos de sol y de sonrisas, que desemboquen en el trigal vecino, en la escuela, en la fábrica, en la iglesia o en el campo deportivo; hombre limpio en el vestir, franco en el mirar, prudente en el goce, recatado en la pena; hombre si contento en la soledad, feliz en el grupo; si amante de los suyos, preocupado por los ajenos; hombre con señorío sobre su paisaje de valles, montañas, llanuras o desiertos, pero consciente de la existencia de otras regiones pobladas de urbes y de selvas, bañadas por los mares o peinadas por la nieve y hasta de otras todavía ignotas donde las galaxias preñan el silencio; hombre, en fin, que proclame con su palabra, con sus hechos, con su vida, que su cuerpo no está ayuno de pan y que su mente, como lo preconiza la Carta Constitutiva del organismo internacional que nos preside, está erigida en baluarte para la paz, en afirmación para los principios democráticos de la dignidad, de la igualdad y del respeto humanos y en residencia de una actitud inquebrantable en favor de la justicia y de la libertad.”

7

Y así fue como me expresé hace un año en tal día como hoy, al enumerar las razones por las que deberíamos sentirnos satisfechos al inventariar los éxitos obtenidos en la consecución de logros:

“Pero hay todavía otros motivos para congratularos y entre ellos destaca el de vuestra dedicación al estudio en común de los temas científicos que condicionan el presente y condicionarán el futuro de vuestras actuaciones. Conozco la disposición que ponéis en este aspecto. Me consta en los profesores su deseo de enseñar bien y en los alumnos su empeño por entender y retener lecciones, pues no una sino varias veces he contemplado discutir, despertando en mi pecho añoranzas de tiempos mozos, por prados y calzadas, juveniles figuras lactando su mirada en página nodriza, absortos, ajenos a la violácea alfombra que el jacaranda prodiga y al trino y al vuelo y a la rosa. Y seguramente que conseguiréis, tras perseverancia manifiesta y encomiable, dar, recibir e intercambiar principios y experiencias; pero me preocupa saber si diariamente asimismo, al pulir y disfrutar la armadura de lucha, pensáis que ella poco o nada vale si no la alienta un corazón. Porque en el centro de todo propósito, máxime cuando el vuestro es el hombre mismo, al que podéis modelar a semejanza de un dios o de una bestia, debe entrañar una filosofía, que en el caso de los trabajadores comunales precisa absorber de tal manera que la transforme, como otra ocasión dijera, en ética social, en problema empírico que conduzca a la acción mejoradora.

”Si no lo hacéis, intentadlo, espigad los elementos doctrinales en el pensamiento humanístico universal, en la esencia de los principios que sustentan las Cartas Constitutivas de las Naciones Unidas, la UNESCO y la Organización de los Estados Americanos, sobre todo en aquellos capítulos que proclaman los derechos del hombre, y en el análisis de las modernas teorías educativas que

han dejado de enarbolar el estandarte intelectualista para fijarse como objetivo la creación de un individuo eficientemente social. Sólo de esta manera, combinando la técnica con la emoción, obtendréis la actitud adecuada para llegar a la comunidad y empeñar a sus miembros en levantar estructuras de transformación material, pero fincadas sobre la base de una conciencia de hombres íntegros, aptos para el ejercicio de la democracia, la justicia, la libertad y el goce de la paz derivada “del respeto al derecho ajeno”.

”Mucho tiempo tendréis que dedicar a la meditación de estas palabras, tanto como la duración de vuestras vidas, que la llama no se niega por consumirse en luz, pero conformaos en este instante por concluir que en principio y en fin, mediante el empleo de recursos de la ciencia y la pasión, vuestra tarea es y será siempre educativa, tomando el vocablo en todas sus acepciones, particularmente en aquella que señaló el gobierno mexicano al hacerse escuchar en la reunión constitutiva de la UNESCO, el 2 de noviembre de 1945: ‘la de preparar guías que interpreten al pueblo con honradez, y pueblos aptos para discutir las fórmulas de esos guías, distinguiendo entre la persuasión de los maestros y el hipnotismo de los tiranos’.”

8

No quiero concluir esta exposición, estimados amigos, abusando de vuestra paciencia, sin recordaros o informaros, según el caso, que año tras año fui cuidadoso, por convicción, en manifestar mi gratitud a las instituciones y personas merecedoras de ella, ha-

ciéndolo en ésta o en formas semejantes:

“Expreso nuestra gratitud a las Naciones Unidas y a sus agencias especializadas para la Agricultura, la Salud y el Trabajo, a la Organización de los Estados Americanos y al gobierno de México, que unidos en pensamiento y acción a la UNESCO, hicieron posible la existencia de este Centro. Nuestro reconocimiento se extiende a los gobiernos de los países de América y de otros continentes que contribuyen a vigorizar esta institución mediante el envío ininterrumpido de profesionales ansiosos de explorar, para bien de sus compatriotas, en los campos de la educación básica para el desenvolvimiento de los grupos. No expresar hoy también lo muy obligados que nos sentimos con las altas autoridades del Estado de Michoacán y las de los cinco municipios que integran nuestra zona de práctica, con los inspectores y maestros de las escuelas y con los vecinos de ciudades y aldeas, quienes nos abren sus hogares y sus corazones, sería imperdonable.”

Señores profesores del Centro:

El pasado y el presente del CREFAL, en lo que tiene de venturoso, se debe exclusivamente a vuestras virtudes de talento y cultura. Me satisface grandemente declarar esto.

De igual manera que vuestros antecesores, habéis venido a entregar luz. ¡Procurad que ella sea siempre como la del día: verdadera y diáfana!

Sed para vuestros discípulos como el árbol del poeta que

supo brindar después de ser “una semilla llevada por el viento, su brazo a la aventura, su arrullo al nido, su saludo al viento, sus hojas a los cielos y su fruto a los hombres”. Encerrad vuestro evangelio en el ánfora inconmensurable de tan sólo dos palabras: enseñanza y comprensión; la primera para cumplir vuestro cometido y la segunda para corregir yerros de los menos privilegiados.

Empleados administrativos, de talleres, de transportes y de servicio:

Durante muchos años habéis contribuido a que este reloj camine. Cierto que no sois su carátula ni su caja de oro pero vuestra conciencia, discreción, pericia y honradez, forman parte de su complicada maquinaria, la que es incapaz de mover las manecillas si falla la pieza aparentemente más humilde y esa pieza no ha fallado, sino todo lo contrario: nos habéis comunicado con los cinco continentes, transcrito apuntes, impreso libros, folletos y carteles, construido muebles, pintado marionetas, producido y exhibido bandas y películas, grabado cintas, transportado estudiantes y varios de vosotros, cotidianamente, dejado como espejos jardines y calzadas, frustrando así la indiana cortesía del jacaranda que se empeña en tender sobre los verdes y los grises su violácea alfombra para que los pies amigos pisen sobre pétalos. ¿Cómo, pues, eficaces colaboradores, iba a dejar hoy de expresaros aprecio y gratitud? Firmemente creo que vuestro trabajo tiene el signo de la fecundidad, porque lo hacéis con amor.

Autoridades, profesores, estudiantes, empleados, vecinos de las comunidades y amigos de la ciudad de Pátzcuaro:

He aquí la razón de mi larga y poco original arenga: esta será, porque todo tiene su término, la última vez que pise esta tribuna y quise, por lo tanto, impregnar mi adiós emocionado con el pensamiento que durante 13 años normó mis actos, desde los mínimos hasta los más trascendentales, y porque descubráis que mis palabras estuvieron y están sostenidas, como el día primario, por la fe inquebrantable que tengo en el destino de la institución, aunque también en este minuto las aliente asimismo el legítimo orgullo de haber construido, de llevar el CREFAL hasta el sitio donde lo dejo.

Lázaro Cárdenas, la Quinta Eréndira y el CREFAL*

Muchos y distinguidos escritores se han ocupado de enaltecer la recia figura de Lázaro Cárdenas, destacando con pensamiento enjundioso y galanura de lenguaje la obra social realizada por él en favor del pueblo, a cuyo servicio se entregó por entero. Sin embargo, la circunstancia de que existan inteligencias devotas consagradas a exaltarlo no impedirá que a mi vez, de manera sencilla, narre anécdotas desconocidas que muestran detalles de la vida ordinaria del gran mexicano, al que recuerdo con admiración, cariño y gratitud nacidos cuando mi adolescencia hallaba cobijo en la bondad de don Jesús Ceja Barajas y de su esposa Lolita, cuya casa visitaba frecuentemente el entonces mayor Cárdenas, quien en tales ocasiones me decía palabras de aliento, palabras que al

*La primera generación de egresados del CREFAL (1951-1953) patrocinó la publicación de este texto, en mayo de 1981, con el propósito de rendir homenaje de gratitud al general Lázaro Cárdenas y al profesor Lucas Ortiz, director fundador del Centro, en ocasión del XXX aniversario de su fundación. Integran dicha generación de alumnos: Margarita Castañeda Pasaye, Noemí López Peralta, Manuel López Oñate, Alfredo Mendoza Gutiérrez, Jacobo Mucharraz Yarsa, Simón Ramírez Rodríguez, Sergio Jiménez Benítez, Carlos López Negrete, Alfredo Villalobos y Filiberto Vargas Tentory.

correr de los años y ya en el trato de hombres seguiría prodigándome; palabras siempre vestidas de sobriedad hasta fingir dureza en ocasiones, pero siempre también con la misma entraña del afecto que aprendí a encontrarles desde aquellos días lejanos cuando don Lázaro, allá en Uruapan, en el hogar de los Ceja, me tendía su mano generosa.

Mis relatos serán a manera de los toques que el pintor coloca a fin de acentuar el claroscuro en busca de efectos dirigidos a plasmar en el retrato, con fidelidad, los rasgos físicos y espirituales del modelo; puntos armonizadores de la luz, convocados por la mano apasionada que entrega a cada uno de ellos tanto o más amor como el que puso en las pinceladas esenciales.

Tres serán las anécdotas que narre y todas conectadas directa o circunstancialmente con la ubicación del Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina —CREFAL— en la Quinta Eréndira, cedida al efecto por el general Cárdenas, por Tata Lázaro, como le llamaron, le llaman y le seguirán llamando los indígenas purépechas, a semejanza de como nombraron al insigne varón don Vasco de Quiroga, que antaño asimismo sembrara el bien a la vera de los caminos michoacanos.

1

Corría el mes de junio del año de 1950, cuando cierta gélida tarde de un día empleado en visitar las escuelas franciscanas, que realizaban admirable labor social entre los indígenas de las comunidades aledañas a la más bella ciudad de Bolivia, la austral Potosí, al

llegar a mi posada me entregaron un cablegrama en que la UNESCO me ofrecía la dirección de un plantel que habría de fundar en México por decisión de la Conferencia General del citado organismo, como parte de ambicioso plan que intentaba establecer una red mundial de centros destinados a capacitar personal eficiente para las tareas de la educación fundamental en las “zonas oscuras” de los distintos continentes.

Yo trabajaba entonces con las Naciones Unidas, formando parte de la Primera Misión de Asistencia Técnica a la América Latina, y aunque me complacía servir a una nación con tantas o más carencias que la nuestra y a pesar también de las arraigadoras manifestaciones de afecto que me prodigaban maestros y vecinos de ciudades y aldeas donde desarrollaba mi labor, decidí aceptar la oferta, tanto por volver al lado de los míos, cuanto por la perspectiva de actuar en terrenos vírgenes, promisorios de actividades creadoras y cosechas opimas.

El ministro Gual Vidal, de grata memoria, me esperaba con impaciencia, puesto que yo debería intervenir en la solución de problemas diversos conectados con el deseo conjunto de la UNESCO y el gobierno mexicano en el sentido de dar rápida cima al singular proyecto educativo, por lo cual, desde mi regreso al país, me vi envuelto en ocupaciones disímbolas: entrevistas con funcionarios nacionales e internacionales, consultas con expertos, redacción de programas tentativos, ajuste de presupuestos, indagación sobre personal, despliegue de propaganda y mil cosas más; pero sobre todo, trasladarme de un lado a otro buscando el sitio adecuado para instalar la escuela, lugar que debería reunir condiciones difí-

ciles de conjugar, tales como ser sano; de buen clima; con mercado provisto de artículos alimenticios y otros de consumo ordinario; buenas comunicaciones por ferrocarril, carretera, avión, telégrafo, teléfono y correo; presentar en lo posible aspectos de la vida urbana y rural, dentro de una zona accesible para efecto de estudio práctico; lejos de la capital de la República, pero lo suficientemente cerca de una ciudad que contara con universidad y, en fin, lugar donde los habitantes recibieran al Centro con simpatía, llevada hasta el grado de alojar en sus propios hogares, si fuese necesario, a los profesores que llegaran a capacitarse en la metodología de enseñar a vivir mejor a los grupos marginados. Además, el gobierno pretendía encontrar instalaciones erigidas, pues levantarlas significaba retraso en la ejecución de planes especificados ya en convenios estatuidos.

Se investigaron sitios en los Estados de Morelos, México, Puebla, Querétaro, Guanajuato y Michoacán, pronunciándose la comisión designada al efecto por la región comprendida entre Morelia y Pátzcuaro, tratando de utilizar como residencia los edificios de la antigua Escuela Agrícola de La Huerta.

La proposición fue recibida por la UNESCO con beneplácito en lo que atañe a la primera parte, ya que la zona le pareció magnífica; pero rechazó definitivamente la segunda, aduciendo su temor a lesionar intereses de maestros y alumnos de la escuela en funciones. Sin embargo, en la misma comunicación en que manifestaba su pensamiento, sugería se hiciera lo posible por fijar la sede en la propia ciudad de Pátzcuaro, por lo que hube de regresar a ésta con instrucciones de negociar la compra o el alquiler de

alguno de los hoteles, únicos inmuebles que podrían servir de momento; pero mis gestiones fracasaron, y cuando desalentado me aprestaba a poner los ojos en otro rumbo, recibí un breve recado del general Cárdenas, pidiéndome lo entrevistara en su casa de Jiquilpan, dos días después, a las cuatro de la tarde.

Me acompañaron a Jiquilpan mis inolvidables amigos Enrique Aguilar González y Enrique Garda Gallegos, a la sazón diputado y director de Educación, respectivamente.

Apenas instalados en la sala de la casa se presentó don Lázaro, sonriente, irradiando cordialidad, actitud que abrió puerta franca a una conversación desligada todavía del tema que daba origen a la entrevista, plática nacida dentro del recinto principal y prolongada mientras caminábamos hacia el fondo del jardín, con pausas frecuentes para admirar y conocer el nombre y la historia de árboles y arbustos heterogéneos —fresnos, eucaliptos, pinos, moreras, floripondios— que extendían su perfumada umbra sobre los arriates multicolores y sobre los adoquines dorados que nos iban acercando poco a poco hasta un pequeño soportal, donde tomamos asiento en sendos equipales apatzingueños.

Y el diálogo se engarzó de esta manera:

— Me han informado que la UNESCO pretende abrir en México una escuela para adiestrar maestros destinados a la educación indígena, y que tú serás el director. ¿Qué puedes decirme al respecto sin cometer indiscreción?

— Lo que han dicho a usted es cierto, menos en un aspecto: que el plantel no será exclusivo para la capacitación de magisterio indigenista, sino que recibirá profesores de distintas ramas para

adiestrarlos en la metodología de la educación fundamental, a efecto de que puedan ofrecer adecuadamente los conocimientos de sus profesiones al desarrollo económico y social de los hombres y de los pueblos marginados, indígenas o no.

— ¿Existe ya algún programa de estudios?

— Propiamente sí, aunque en líneas generales.

— Convérsame algo sobre el programa.

— Durante cierto tiempo los estudiantes —maestros, trabajadoras sociales, médicos, enfermeros, agrónomos, extensionistas agrícolas, antropólogos, especialistas en recreación—, bajo la guía de expertos nacionales e internacionales, examinarán los principios de la educación de base en lo concerniente a conservación de la salud, mejoramiento de la economía, dignificación del hogar, aprovechamiento del tiempo libre y promoción de la cultura. Habrá laboratorios y talleres para investigaciones y evaluaciones, así como para producir textos, carteles, filminas, películas y grabaciones.

La vida de profesores y estudiantes se regirá por las normas de convivencia proclamadas por las Naciones Unidas, especialmente durante la permanencia de ellos en las comunidades de una zona de influencia que habrá de señalarse. Los métodos de adiestramiento serán activos y democráticos.

— ¿Los estudiantes serán mexicanos?

— No exclusivamente, puesto que vendrán de todos los países de América Latina.

— Supe, además, que estuviste en Pátzcuaro tratando de encontrar un local para el Centro.

— Sí señor.

Aquí le manifesté las razones que nos movían para buscar asiento en la cabecera natural de la región lacustre. Fui extenso en mis informaciones, que abarcaron desde las pesquisas sobre lugares hasta el fracaso para conseguir edificio.

No llegó a interrumpirme; pero mientras yo ponía en mis palabras alternativamente matices de entusiasmo y de abatimiento, él dejó de mirarnos para fijar sus ojos en un punto indeterminado fuera del portal, hasta que de pronto, después de una pausa breve a la terminación de mi relato, de manera lenta, como si temiera que la expresión rápida fuera a traicionar su obediente serenidad, fue hablando a veces como para sí y otras como para nosotros, de esta manera:

— Como saben, en Pátzcuaro tengo una casa, casa que ha sido mi refugio en días placenteros y en ratos amargos; en ella he gozado tramos felices de mi existencia, primero al lado de mi esposa y después, ya juntos, al de ella y de mi hijo. Allí tomé las determinaciones más trascendentales de mi actuación como gobernante, luego de afirmar ideas sobre la mesa de trabajo o paseando solitario bajo los olivos que planté con estas manos. ¡Cuántos pensamientos salieron de esa finca prácticamente convertidos en realidades! Por todo esto creo no tener derecho a disfrutar la Eréndira como bien privado, sino que debo entregarla para una obra de beneficio colectivo: escuela o centro de salud; por lo que si ahora se presenta la oportunidad de servir a los pueblos de América, gustoso la aprovecho, pidiéndote la ofrezcas al gobierno, en mi nombre, en caso de que resulte utilizable de acuerdo con

los planes; yo tan sólo necesito pocos días para retirar mis pertenencias.

Nos pusimos de pie e iniciamos el regreso hacia la calle pisando la misma senda de oro, sombreada a trechos por el toldo de verdura, y como si no hubiera acontecido nada de importancia, don Lázaro reanudó el tema sobre las plantas que exornaban su jardín.

Y al llegar a la puerta de aquella casa pueblerina, volví a sentir, como allá en Uruapan, en el hogar de los Ceja, el calor generoso de la mano amiga.

Meses después, en la ciudad de Montevideo, al clausurarse el seminario sobre educación rural, llevado a cabo por la Organización de los Estados Americanos, el magisterio del continente, sabedor del gesto singular del michoacano singular, con la voz saturada de emoción prorrumpió en vivas estentóreos a Lázaro Cárdenas y a México, vítores a los que no pude unir mi grito porque la garganta se me había secado.

2

Una vez encontrado asiento a la institución que habría de preparar dirigentes de alto nivel destinados a conducir la educación fundamental en este continente, recibí instrucciones en el sentido de trasladarme a Montevideo, donde a la sazón se realizaba un seminario sobre educación rural patrocinado por la Organización de los Estados Americanos y al cual asistían personas invitadas por la UNESCO para integrar un comité consultivo sobre múltiples aspectos conectados con la vida incipiente del nuevo plantel que

funcionaría en Pátzcuaro. Don Manuel Bergson, Lourenco Filho y don Guillermo Nannetti, distinguidos educadores, brasileño el primero y colombiano el segundo, formaron parte del grupo consejero, que hubo de ocuparse en precisar mejores objetivos, planes, programas, calendarios, características del personal docente y de alumnos, nombre que llevaría el Centro y países que serían invitados a enviar estudiantes al primer curso. El nombre escogido fue Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina, y los países seleccionados: Bolivia, Perú, Ecuador, Costa Rica, El Salvador, Honduras, Guatemala, Haití y México.

Se me pidió visitara estas naciones, permaneciendo en cada una de ellas el tiempo suficiente para entrevistar funcionarios, rectores de universidades, gerentes de periódicos y de estaciones de radio, con mira a sensibilizar la opinión oficial y la pública de manera favorable al proyecto.

Inicié el recorrido en mi amada Bolivia, donde encontré esperándome, como para ser revividos, rescoldos de adioses que pocos meses antes había dejado a entrañables amigos cuyos hogares siempre me estuvieron francos, con albos manteles ofreciéndome los frutos del Oriente y los peces del helado Titicaca.

Don Eduardo Arce Laureiro, por entonces director de Educación Campesina, me llevó a conocer la Escuela Normal Rural de Warisata, a poco más de cien kilómetros de La Paz, ciudad que dejamos una clemente mañana para encaminarnos sobre primitiva carretera serpenteante en la estepa cubierta de cañas, que fingían arpas del viento cuando éste las peinaba, tras de rizar arroyos, o levantar nubecillas de polvo en los terrenos desbrozados, donde

hombres y mujeres, con atavíos multicolores, se inclinaban para cosechar la papa hinchadora del vientre de las fincas encaladas, que buscaban apoyo contra lomeríos grises, ocres o verdosos, los cuales a su vez tenían por respaldo el azul profundo de las cordilleras jineteadas por caprichos de plata.

Al final de la inmensa e irregular cañada, estrecha a veces y abierta otras en vallecillos acogedores de aldeas con iglesias enjabelgadas y caserío humilde cercado de corrales, que hambrientas ovejas abandonaban guiadas por escuálidos perrillos a un pastar imaginario en los oteros cercanos, surgió frente a nosotros, al salir de una hondonada, la imponente mole de Illampu, refulgiendo cual diamante, en versión sureña del Citlaltépetl, y a su pie tendidos los edificios de la escuela normal, que en aquel escenario grandioso apenas si insinuaban su contorno.

Ya cerca fue otra cosa: las construcciones cobraron su estatura y se vengaron de la montaña ocultándola por entero. Empenachando los tejados del primer término vimos las banderas de nuestras patrias, tan semejantes, tan hermosas, simbolizando dramas parecidos e idénticas esperanzas. Un rumor creciente salió a encontrarnos, vocerío que aumentó su diapason con los aplausos cuando entramos al recinto del gran patio frontal lleno de una multitud abigarrada en su conjunto, pero clasificada por grupos: el director y profesores, los representantes de los alumnos y las autoridades indígenas, junto a los mástiles; a la derecha, los maestros de los núcleos escolares circunvecinos, con sus niños, y, hacia la izquierda, indígenas envueltos en ponchos donde los tonos rojos, verdes y azules, se conjugaban, haciendo juego con los gorros

de estambre prolongados hacia abajo en orejeras protectoras de las rachas heladas y las areniscas.

Fue el director quien primero se adelantó a saludarnos, siguiéndolo todos los del grupo, con leve tocamiento de manos.

A continuación, el propio director dijo un discurso; otro más fue pronunciado por el representante de los normalistas, y un niño recitó, con cierta dificultad, algunas frases. Las tres alocuciones vertieron las palabras de siempre, pero había algo sutil en ellas, cierto dejo de franqueza e incluso de alegría, que dulcificaba no sólo la rutina, sino la cara de aquellos hombres, rostros magros con grietas tajadas por el clima inhóspito.

En seguida se abrió por completo la cortina inefable que me hacía adivinar mejor que sentir, a plenitud, la emoción despertada; porque un maestro, desde una plataforma, impuso silencio levantando sus brazos, en movimiento que asimismo tuvo la virtud de hacer brotar de un centenar de bocas, cual chorro de rumores en el remanso matutino, una canción nuestra, legítima mía, canto del maestro y del campesino mexicanos, voz de la Revolución trocada en himno: el “Corrido del agrarista”.

No puedo describir la intensidad de ese minuto. Sólo sé que mis recuerdos agolpados me impidieron seguir el hilo de los versos, percibiendo únicamente aquellos ligados con la entraña del momento.

“Marchemos agraristas a los campos
a sembrar la semilla del progreso...”

No queremos ya más luchas entre hermanos,

olvidemos los rencores, compañeros;
que se llenen de trigo los graneros,
y que surja la ansiada redención...”

Al terminar el coro, llegó hasta mí un grupo de nativos, principales todos ellos, según lo manifestaban sus insignias, y uno, en castellano balbuceante pero entero, me habló así:

“Mucho gusto que hayas venido a Warisata. Aquí te queremos. Queremos también a México, mira —y me señalaba un edificio inconcluso, adornado con grecas y cabezas de serpiente—, nosotros construimos el ‘Pabellón México’, entre todos los comuneros. Ahora, e hizo una pausa, queremos le digas a tu presidente Lázaro Cárdenas que no nos olvide; que nos ayude; que sufrimos mucho; que andamos desnudos; que dormimos en la cárcel...”

Me tocaron las manos y con el mismo paso ceremonioso como llegaron, volvieron a buscar sitio, sin dar ocasión a que yo hablara.

En realidad tampoco hubiera podido decirles nada.

Fue así como mi silencio vino a ser la única, elocuente respuesta a la insólita encomienda que me hicieran allá, en el otro hemisferio del mundo, aquel día cuando el tiempo y la distancia fueron borrados por el prestigio universal de un hombre íntegro.

Terminando la gira fui a ver a don Lázaro para darle el recado de aquellos sus lejanos adictos. Como siempre, me recibió con amabilidad; su cara se fue iluminando con leve sonrisa mientras me escuchaba, y luego contestó de esta manera:

— ¿Y no les aclaraste que ya no soy el Presidente de la República?

— No, señor, ni hubo tiempo para hacerlo, ni me hubiera resultado fácil. Recuerde que durante su administración fueron enviados a Bolivia técnicos mexicanos a levantar una presa y a organizar y ayudar a dirigir inicialmente la explotación petrolera. Para los indígenas estos mensajes patentes son actuales; están allí proclamando el interés de usted por servir al pueblo, al pueblo de ellos...

— ¿Dices que en Warisata funciona una escuela normal?

— Sí señor.

— Pues mira, tú tienes las llaves de los estantes donde guardo todavía mis libros allá en Pátzcuaro; ábrelos, escoge todos aquellos que puedan servir a los estudiantes de la normal y se los mandas, juntamente con una carta en que les digas, a fin de que ellos lo informen a sus padres y amigos, que hace ya varios años dejé de ser el Presidente de México y que yo no puedo hacer ahora nada importante en su favor; que el envío de esos libros lo tomen como pobre correspondencia al afecto que me profesan sin conocerme. ¡Cómo me gustaría poder saludarlos algún día...!

3

Cuando se acercaba el 9 de mayo de 1952, los maestros, alumnos y empleados del CREFAL nos preparábamos para celebrar dignamente el primer aniversario de la fundación del Centro. Habíamos acordado revivir el espectáculo del día inaugural en la plaza de San Francisco, la que por esta razón volvería a lucir la policromía de las banderas, los corredizos hechos con papel picado, las flo-

res, la vestimenta suntuaria, orgullo de los grupos danzantes; se escucharían las notas de orquestas y bandas junto a los ritmos sincronizados del martilleo sobre el cobre de Santa Clara; el piso luciría otra vez alfombra de pino y de mastranto; cantarían los niños y, como rúbrica de nuestro gozo renovado, los asistentes a la ceremonia escucharían nuestro “Canto de amistad”.

Pocos días antes, alguien informó a los alumnos sobre la presencia del General en su pequeñísimo departamento que había conservado para él en uno de los ángulos del predio. Sin pensarlo mucho, un grupo de la alegre comunidad internacional decidió ir a invitarlo para que asistiera a la fiesta; se anunciaron y fueron recibidos inmediatamente; pero su gestión no tuvo éxito ya que don Lázaro se disculpó alegando compromisos contraídos con pueblos de la Tierra Caliente michoacana, para donde saldría la noche de ese mismo día; esos compromisos le vedaban asimismo concurrir el día 8 a la celebración del aniversario de Hidalgo en el Colegio de San Nicolás, en Morelia.

Sin embargo, dejó satisfechos a los jóvenes integrantes de la improvisada comisión, porque abordó con cada uno temas relacionados con la vida política, económica y social de los distintos países, demostrando conocimiento, expuesto con discreción; además contestó a muchas preguntas que ellos le hicieron sobre el desarrollo de México en los mismos órdenes. Dispuso que les sirvieran refrescos y hasta estampó su firma, para quienes se lo pidieron, sobre libros y cuadernos.

Salió a despedirlos hasta la puerta que da a la calle. Alguna de las chicas no pudo contener el llanto.

Al caer la tarde de ese mismo día, me llamó por teléfono rogándome, que si me era posible, fuera a verlo inmediatamente. Atravesando los jardines, pronto estuve en su casa; se aprestaba a salir y me dio la sensación de que para hacerlo esperaba tan sólo mi llegada.

Después de los saludos me narró el tono de la entrevista con los estudiantes, que yo conocía ya por boca de ellos, y agregó: “te suplico intervengas ante los profesores para que no se molesten por mi negativa, so pretexto de un viaje que, como verás, haré de todos modos; pero la verdad es ésta: no deseo se llegue a pensar que cedí la Eréndira para sentarme a recibir aplausos”.

Índice

- 7** Al lector
- 9** EXHORTOS Y REMEMORACIONES
- 11** La acción social de la Escuela Rural
- 27** Mensaje pronunciado en el acto inaugural del CREFAL
- 37** La educación fundamental y la educación primaria,
sus relaciones y diferencias
- 45** Palabras finales
- 67** Lázaro Cárdenas, la Quinta Eréndira y el CREFAL



Exhortos y rememoraciones de Lucas Ortiz Benítez, se terminó de imprimir en los talleres de Morevallado Editores en septiembre de 2004, como una contribución al festejo celebratorio por el Centenario del nacimiento del ilustre educador michoacano.

La edición fue diseñada y cuidada por personal de la Coordinación de Actividades Editoriales del CREFAL. En su composición se usaron tipos TimesNewRoman de veinticuatro, dieciséis, catorce, once, diez, nueve y siete puntos. Se tiraron mil ejemplares en papel couché mate de 135 gr (interiores) y cartulina couché de 250 gr (portada), más sobrantes para reposición.